

HUELLAS

Por VALENTINA BLANDO OSEJO

EL ENCUENTRO

VILLA DE LEYVA AGOSTO 2024

Sabía que tenía que fluir (pues la Runa me lo había recordado), entonces fui, me entregué y les dije a mis muertos que me guiaran, caminé en la dirección que me indicaron. Encontré agua...donde no imaginé que pudiera haber agua. Me sorprendí, y ahí estaba todo contenido en una forma semioval, vibrante y tranquila.

Allí estaban Elba y Pinuccia.

Desde las rocas me llamó **Gabri**, en su dureza y en su peso. Me acerqué y me pidió que lo acariciara, me dijo que allí me quedara, que no lo olvidara, que sentía mucho no haberse quedado más tiempo para explicarme, para enseñarme, para verme. Yo lloraba.

Me dijo que lo llorara tranquila porque mis lágrimas le servían, lo purificaban.

De sus errores

que lo perdonara

que llorara

que llorara

Que luego las lágrimas felices a la laguna bajaban.

Su piel era dura, la roca áspera, abollada

Que me quedara,

que me quedara

que no fuera tan dura como él, que los perdonara, que lo escuchara,

que le diera un beso en su calva,

que lo ablandara.

Un grito entre las colinas interrumpió su súplica.

Había belleza en esa voz, dolor en la montaña

que se expresara, aquel que gritaba, que desahogara

me apoyé en la roca, bocabajo

mi abuelo me cargaba.

Entonces la roca me arrullaba y yo sentía que el tiempo no pasaba

¿Si no hubiera rocas , en dónde me sentaba?

Sin las piedras la tierra ¿cómo me abrazaba?

Era mi abuelo que me agarraba , yo me amoldaba y así el Gabri calmó su palabra

“Con ellas ! “ me dijo “Ve Que te cantan! “

Al borde del lago fui y allí **Elba** me pidió que mojara su tejido, que lo lavara, que escurriera sus lágrimas hasta limpiarla. Que todo lo que tengo que llorar es porque a ella le falta. Demasiados gestos de maltrato que no cupieron en su garganta .

¿Qué hubiera sido si Señora de Osejo no le tocaba?

“Pero tranquila hija, llora, moja y lava, que luego cantas y te pasa!”

“Como hice yo el día que el abuelo de los celos mi vestido más bonito me destrozó por venganza.

LLora,

escurre

y seca que luego se te pasa. “

Agarré su carpeta y la sumergí en el agua, pensaba en sus manos, sus agujas, sus tejidos, los sacos, las medias, las pijamitas, los calcetines, la abuela nos tejió a todos, con sus hilos de colores, los diseños, los adornos. ¿Cuánta fuerza necesita para sostener un tejido familiar? ¿Cuánta paciencia? Yo no sé tejer, al menos no con las manos, la paciencia de mis abuelas la tejo con mi canto. La nonna repetía siempre “Canta canta che ti passa”...

“Noches de boca grande, bajo la luna plateada, el mar bordando luceros en el filo de la playa , tu reclinada en mi pecho, al vaivén de nuestra hamaca, y yo contando mis besos en tu boca enamorada, más si la luna nos mira, escondida tras las palmas, te juraré amor eterno,te juraré amor eterno al vaivén de nuestra hamaca. tururua”

Cantaba y era como si en esa melodía estuviera encriptada toda su historia, el romance... el sur... la playa que era también la de ese lago en la q yo misma me encontraba, conversaba con mi abuela y las aguas por siempre nos comunicaban.

Llegó **Robert**, silencioso, me dijo que no hablara, q me pusiera los guantes y fuéramos a la batalla. “*Manos a la obra!*” cantó y me sacó de ahí donde estaba empapada. Llamaba a la tierra, que fuera y que tocara, que en la diversidad de las plantas la belleza encontrara.

Fui y todas, todas, todas estaban heridas

pero al final, dijo, cicatrices cuando danzas.

El secreto está en mantener las manos calientes y eso pasa cuando bailas.

Entonces me entregué al portal y bailamos juntos, sonaba *Under the moonlight*

en la danza nos encontramos, sudamos y cantamos

a los cielos, a la luna, a las estrellas desde donde los nuestros nos miraban.

Se acercó una perra negra, muy bonita, me asustó en medio de la danza, sus ojos me miraron y con la voz de **La Nonna Pinuccia** comenzaron a hablar. Decía cosas sobre el AMOR... sobre el entregar amor, en forma de besos y caricias pero sobre todo: de comida. La perra ladró: *Tutti a tavola!* Nos convocaba a todos. Me invitaba al ranchito con techito que allí se había montado y donde nos esperaba una tavola piena di pizzette, fragole con la panna, vitello tonnato, arrostiti di maiale, succhi di frutta, vino e acqua,abbastanza sempre abbastanza. *Tutti a tavola!* Allí la perra me volvió a mirar fijamente y dijo “*Condividi per me, é quello che piú mi manca*”. (“*Comparte por mi, es lo que más me hace falta*”).

Encontrarme con ellos fue un regalo de las vidas cruzadas. Poder dedicar tiempo y espacio a escuchar a mis muertos fue como completar más pedacitos del rompecabezas de mi vida. La runa maestra me trajo sorpresas divinas. No tuve que hacer nada. Aunque me había propuesto trabajar desde la técnica de cuerpo sensible, el tiempo y el lugar eran tan fértiles que mis poros llegando ya estaban abiertos a toda sutil comunicación. Estar en Villa de Leyva ya era un viaje en el pasado, esos desiertos guardan un montón de huellas de mis andares, estar ahí era haber cruzado un gran portal de memorias. El viento soplaba recuerdos cada segundo, el cielo guardaba mi mirar. Solo me entregué y lo escuché todo. Estábamos muy acompañados. Me dio tanta alegría poder darnos ese regalo, estaba tan agradecida conmigo, con todas, que los dolores mezclados se evaporaban contentos. *“Hay dolores tan grandes que se vuelven alegrías”* dijo Pacho al final de las jornadas y así se resumía para mí tanto tránsito. Las durezas se habían convertido en contento, me alegraba poder atravesar experiencias mágicas, de visión, comunicación y sentido, además, colectivamente.

Quienes había traído conmigo, estuvieron ahí conversando entre ellos y susurrándome cosas que debía recordar para seguir viva. La vida otra vez pendiente de la muerte. Hablaron sobre el perdonar, el cantar, el bailar, el llorar, el compartir. Y esto habíamos ido a hacer, entonces aplaudían para nosotros que les contemplábamos y yo les admiraba actuando para mí.

No recuerdo ya el orden pero imágenes muy vívidas e intensas vinieron en la mesa de la abuela de DaniO donde identificaba a mi familia, materna a veces y paterna otras, ese griterío familiar donde sin que nadie se de cuenta, todo orbita alrededor las abuelas y su comida, su dulce alcahuetear, la vida desde la picardía y la pena. Su abuela estaba muy viva, los gestos de Dani, su cadenciosa lectura y su irónica escritura nos traducían a su ancestría. Su abuela se pavoneaba de su amor, como Dani lo hacía de su flujo. Con desparpajo y desapego pero rebosante de picante y alegría.

Angelo fue un regalo más de mis ancestros, mientras escuchaba su voz me sabía la boca a sal mediterránea, olía y escuchaba el mar en las sombras del desierto boyacense que divisamos en el vidrio, él también traía sabores que me componían, ¿Cómo podía ser tan mágico? Tanta Italia entre nosotros. Hablamos todos con su madre, que también se llamaba como mi abuelo, y mientras hablábamos, veía a mi nonna en el teléfono, era ella ahí hablando piano piano, con su voz tímida y dialectal, hablaba conmigo y yo sin poder abrazarla. La ventana que Angelo quería romper también yo la quería derribar para correr a abrazarla y besarle la cara. ¿Cómo tanta rabia y amor podían estar así de mezclados?

Eran muchas las resonancias. Y claro, no me sorprendía, ya mi *vela-objeto* me lo había advertido. No estábamos encendiendo distintas velas si no muchas luces contenidas en una. La vela múltiple, micorrística y tejida que me había aparecido en el primer intento era la que estábamos encendiendo.

Pacho se había guardado en la chimenea como si fuera una vasija de barro en la que hubiera querido permanecer para siempre contraído. Era claro cómo y por qué de fuego estaba hecho. Era él la llama que de ese útero de barro había emergido.

Luego el segundo día quedó más comprendido, cuando de su madre hablaba complacido, de su nido, orgulloso de la mujer que lo había parido.

Su dispositivo lleno de archivos azarosos y datos alusivos a la enfermedad me resultó fascinante, no era fácil descifrar si estaba premeditado el caótico desorden de los documentos pero parecía a veces que el frenesí no era casual, pues tenía sentido su fluir esquivo en el compartir de sus memorias.

Me removió mis rabias ante el sistema de salud, mi propia madre luchando por su vida y su esquiva belleza que se difuminaba mientras unos cirujanos solo querían desgarrar su cabeza. Su herida, Mi herida. La herida de mi niña con su madre adormecida, frustrada con su salida, entregada a otras vidas para naufragar distraída. Lloré mucho, conmovida, entonces a la vasija de barro corrí desprevenida. Como si en el vientre de mi madre también yo quisiera estar dormida, acogida y para siempre consentida.

Estando acurrucada en el frío y oscuro barro de la chimenea, percibí esa pulsión de hijo madre, hija madre que nos ata a la vida, me susurraron la vida y la muerte entretejidas. Allí también sentí el fueguito agrietado de Pacho y comprendí mucho, en mi piel, sobre su tierno calor.

La tía Clelia de Ayelen se volvió un personaje icónico en esta odisea, *“la muerte no existe”* dice siempre papá y Aye lo volvía a recordar. Traía super viva a la doña, ¿Cómo era posible que estuviera muerta si aparecía tan clara ante nosotrxs? Sus gestitos, sus cositas, su cantitos, su soledad y su tristeza...estaban ahí tan palpables que parecía estar en un rodaje, de una película de Fellini, en Villa de Leyva. Podíamos oler su casa, su mate ,sus galletas y sus quesos, veía sus manualidades, dulces horneados, era tan familiar... nos untábamos de su polvo.

¿Era causal o casual que también la doña me trajera vientitos del sur de Italia?

No podía dejar de pensar en la zia Filomena, la tía calabresa de la que hablan mis tíos como esa mujer gigante, fascinante y estruendosa. Clelia!...Gloriosa! Aye también viene de ahí.. Su voz cadenciosa y marcada me hace sentirme en un aire salado... Suenan en sus palabras el dialecto de mis abuelas, cuando habla se seca su boca como se seca la mía en el mediterráneo... viajo con ella... o más bien viajan mis tías abuelas, vienen y cantan y cuentan sobre sus mares, sus amores y sus nostalgias.

Creo que todxs ya sabíamos que Juan vendría con nosotrxs. Pero cuando llegó el momento de ver a Sofi en-carnar su presencia fue impresionante. Se revelaron las ganas inmensas que tenía él de venir a jugar con nosotrxs, quería mostrarse y manifestarse. Cuánta voluntad para la performatividad, para la solemnidad del ritual, mientras veía a Sofi pensaba que no podía haberlo hecho de otra manera. Tener un padre devoto del teatro, y de la magia, te tiene que marcar como está marcada Sofi que plasmaba ante nosotrxs el cuerpo solemne, terco, juguetón y vibrante de su padre.

Pero luego, presenciábamos también un acto valiente de despojo, de desnudez, Sofi se quitaba la ropa, la capa, la coraza, el traje, una y otra vez, como si quisiera limpiarlo, entregarlo... limpiarse, entregarse, dejarlo ir. Fue un llamado a su propia voz, la vimos en el intento de abrirse a una nueva magia.

Ya son varios años con esta gente comprobando que las transferencias son reales, que somos capaces de habitar un campo colectivo donde las datas individuales se cruzan, se

comparten y se re*velan. Cuerpo sensible nos ha traído muchos regalos de este entramado de auras informáticas que compartimos. Pero Villa de Leyva fue increíble y con Leo mi nivel de transferencia se confirmó muy potente. Su grito en las montañas era el mío ... su carta nunca escrita ya la había escuchado en mis mares y su altar estaba entre mi selva. No es tan claro cómo sucede, pero lo conozco de tanto... Lo veo por dentro y escucho sus susurros. Sus muertos me cantan para que le cante, me abrazan para que le abrace y me lloran como si a él no le cupieran las lágrimas y necesitara las mías. Los hongos nos hermanan y yo pienso que hace parte de mi familia, sus manos se mueven y sudan las mías, su voz me recuerda y su dolor me limpia. Me pongo nerviosa cuando él lo hace porque se que empiezan a bajar los hilos de los que ambos estamos hechos. Se nos escurren y se nos enredan entre nuestras voces que se mueren por cantar y nuestros cuerpo que buscan removerse.

Marcia, la cantora, la provocadora, no pudo hacer como si nada pasara, como si nada le fuera, porque todo lo vivimos en medidas desérticas, y ella también fue removida y conmovida en todas sus tripas maternas. Fuimos su portal de duelo, de luto, de recuerdo. Pero también sus cantos nos sostuvieron en el manto de afectos transpuestos y su ícara voz nos dio la mano para atravesar las dunas.

Agradezco.

Il fioretto

Escena.Cuadro 1 :

Gabriel Blando jugaba a ser un guerrero desde los 8 años cuando en el colegio Convitto Cavour en Florencia, Italia, aprendió a esgrimir su florete por primera vez. En América apenas se oía nombrar la esgrima. Pero él conocía muy bien el arte de esgrimir, lo había aprendido como un deporte antiguo y en el nuevo continente lo admiraban por su don, por el dominio de su arma medieval.

Escena.Cuadro 2:

Estalla la guerra en el 42 y mi abuelo prefiere quedarse en Italia a combatir por la libertad del pueblo como el guerrero que siempre había soñado ser, en vez de regresar a Colombia donde sus padres buscaban un mejor futuro.

Escena.Cuadro 3:

En 1945 cantaron victoria cuando al fin Mussolini cayó con su régimen. Pero cuando mi abuelo vio el cuerpo del tirano colgado y masacrado en la plaza de Milán, desagradado supo que era hora de volver a Colombia. Convenció a su amada de cruzar un océano en una Navicella para desembarcar después de 5 meses en un continente desconocido.

Escena.Cuadro 4:

Campeón bolivariano, Centroamericano. Suramericano, representó a Colombia en el mundial de Roma del 55 y en las Olimpiadas de Australia del 56.

Hoy me pregunto, ¿esta arma donde la habrás comprado?
Con ella ¿cuántas batallas habrás perdido o ganado?

Cada estocada, una victoria.

¿La valentía? ¿El aroma de la lucha que valió la pena?

Nonno: ¿Qué se sentía ganar?

Tal vez solo eran instantes efímeros que te recordaban la victoria de la guerra.

La guerra que peleaste, la guerra que ganaste, la misma que también despreciaste.

Escena. Cuadro 5:

Giuseppina te guardó junto con otras armas, en un estuche viejo y roto,
con tus trofeos, tus libros, tus discos, los recuerdos, todos guardados, inertes, empolvados,
como si ni la vida ni la muerte les hubiera pasado.

Luego el tío y luego mi padre también lo guardaron como objeto preciado, objeto amado,
objeto tesoro, símbolo de gloria y victoria, orgullo, de un padre héroe que sabía ganar.

Escena. Cuadro 6:

Un día creí que podía ser una esgrimista como él. Había descubierto que el esgrima
además era una de las herramientas más poderosas del entrenamiento actoral y ya que
había decidido dedicarme al arte de la escena, pensé que honrar el deporte de mi abuelo
sumaría experticia en mi andar. Fui a El Salitre a iniciarme en el entrenamiento, entré al
semillero de la Liga de Bogotá, pero duró poco mi entusiasmo. Descubrí que se requiere de
un trabajo en solitario, intenso y prolongado al que no estaba lista para entregarme. Sobre
todo. lo solitario me resultó aterrador: concentrarme sin compañerxs, sin guías, sin voces
era como dejarme infinita en mis dispersiones mentales.

¿Cuántas horas pasaste buscando el blanco, Nonno?

Adelante y atrás adelante y atrás, atrás, adelante, atrás adelante, en guardia, ¡ataca!, ¡en
guardia otra vez! ¿Cuánto tiempo persiguiendo tu abandono, buscando compañía,
jugueteadando con tu puntería, creyendo que adivinabas la habilidad del compañero...?

Yo no te vi entrenar, ni combatir,

ni competir

tampoco ganar

de hecho, no parece que la guerra contra el fascismo se haya realmente vencido...

Todas las victorias y la gloria de mi abuelo no terminan de hacer eco en mí. Tengo rabia de
que haya dejado a mi abuela, de que la haya maltratado, traicionado, abandonado,
No veo en sus armas un hombre que sabía ganar. Por eso tal vez me cuesta empuñar su
florete, blandir su objeto fálico y patriarcal impregnado de memorias violentas.

Tal vez a los abuelos tendríamos que dedicarles una odisea entera para decirles que a las
mujeres no se les grita, no se les miente, no se les daña, no se les engaña...

Yo a mis abuelos les he estado perdonando, de a poquitos, consolándoles las calvas que
me piden que les blanda, limpiando mi útero con hierbas y magias, sumergiéndome en las
aguas de mis ancestas con rabia y escurriendo sus dolores para liberar nuestras
gargantas. Es un luto permanente que repica y no se calla.

